



PORDIOSERA

(Apunte de G. VARGAS ARCE).

esas dos puras y delicadas almas que en el mundo se llamaron Eugenie y Maurice de Guérin.

Seguir luego a la oscura, solitaria y tempestuosa Bretaña, el país que más nos habla al corazón, con sus venerables encinas, sus viejas abadías y sus torreones derruidos en torno de los cuales vuelan, lanzando graznidos, las aves del mar; con sus risueños rincones de paraíso de que hay que saber gozar, como de la dicha, deteniéndose en ellos; Bretaña, la tierra de las colmenas y de los pájaros; de las golondrinas, de los cuclillos, de las codornices y de los ruiseñores; donde los campos se visten de margaritas, violetas, narcisos, anémonas y retamas; de mirtos, y laureles rosas, lo mismo que en Grecia; de higueras como en Provenza, y donde el ruido de los vientos y de las olas es eterno! Bretaña, la que baña el mar de Armórica, la céltica, la dulce Bretaña, bajo ese cielo triste donde aún suspiran los amores de Isolda, las leyendas de Lancelot y del Hada Viviana; tierra de arpas gaélicas que suenan en los bosques en las noches de luna; país de encanto y de Encantadores; patria del Rey Arturo, de Merlín, de Chateaubriand y Renán! *Tierra de Bretaña! Tierra de contrastes! Tierra ruda y cariñosa, que expresa la brevedad de todas las alegrías y su reflejo encantador sobre el fondo sombrío de los días turbios en que la faz de las cosas se vela de lágrimas.*

Pasar después a Italia por la ruta que siguió Goethe, para poder como él, al divisar el lago de Garda, sentir a Virgilio. Ir a Italia con Stendhal y Ruskin, y en la memoria Jorge Byron: «Italia! Italia! cuando yo te contemplo, toda mi alma se ilumina con la luz de los siglos! Roma! al lado de esta tumba de un imperio, ¿qué son nuestros pesares? Yo no sabría contar los míos! Tulio fué menos elocuente que tú, columna sin nombre, cuya base yace sepultada! Oh Roma! Oh patria mía! Tierra del alma! Oh Rome! my city, country of the soul!»

Ver, divagando entre tus ruinas, ponerse el sol sobre los cipreses del monte Mario y sobre los pinos de la villa Pamfili, y purpurarse las cumbres de las montañas de la Sabina ante la vasta desolación de la campiña romana; hora en que los pastores de Virgilio entonaban el *dulcia liquimus arva* «nosotros dejamos los dulces campos», y en que el ruiseñor latino exhala su tristeza melodiosa para recordarnos la Lydia de Horacio, la Delia de Tibulo, la Corina de Ovidio, la Sylvia de Catulo. Ambular como Byron, a la clara luz de la luna, por las piedras del Coliseo que edificó el pagano emperador anunciado por los profetas para la destrucción de Jerusalén, y allí contemplar, tendido sobre la arena ensangrentada, el gladiador moribundo:

*I see before me the gladiator lie*

Ir a Venecia, la isla encantada, la abadía de Telemo, la clara y loca ciudad de las antiguas mascaradas, de las serenatas, de los embarques para Citeres con mástiles de oro y linternas de papel, la Sibaris de Europa, la libre y dichosa morada de las Gracias! Y con Byron siempre en el recuerdo: «¡Venecia! grata mansión de los placeres, la orgía del mundo, el carnaval de Italia!... Entre los días más felices que han entrado en la madeja de mi vida, algunos, ¡oh Venecia! te deben sus colores». ¡Ah! escribía Goethe a sus amigos de Weimar: si pudiera haceros pasar un soplo de esta fácil existencia!

Luego a Grecia, embarcándose en la antigua Parténope, que fué edificada sobre la tumba de una Sirena; a Grecia, después de leer la carta de Sulpicio a Ciceron, y aquel pasaje de *Los Mártires*, cuando Eudoro parte de la Messenia para Roma, y aquella otra inefable página del *Itineraire*, que principia: «Yo he visto, desde lo alto de la Acrópolis, levantarse el sol entre las dos cimas del Himeto...» Y termina así: «Yo me decía, para consolarme, lo que es menester decirse sin cesar: toda pasa, todo termina en este



CONFITERO

(Apunte de G. VARGAS ARCE).

mundo... Ese sol había visto morir a la radiante Aspasia... Este cuadro del Atica, este espectáculo que contemplaba, había sido contemplado también por ojos cerrados desde hace dos mil años. Yo pasaré a mi turno; otros hombres, tan fugitivos como yo, vendrán a hacer las mismas reflexiones sobre las mismas ruinas. Nuestra vida y nuestro corazón están entre las manos de Dios; dejémosle, pues, disponer de la una como del otro».

La pluma se cae de las manos al pensar que un hombre haya escrito tales frases, podemos decir también como el mismo René dijo al reeler cierto pasaje de *Atalia* de Racine.

Visitar a Grecia saboreando el cuarto canto de *Childe Harold*, después de la Odisea, el viaje más armonioso que se haya escrito jamás: «Oh Grecia! cuán insensible ha de ser el corazón del hombre que te vea y no sienta lo que un amante sobre las cenizas de la que fué su amada!...»

Peregrinar por Atenas con los *Diálogos* de Platón en la mano y en el corazón la vida, la pasión y la sublime muerte del más virtuoso y sabio de los hombres, y leer, por centésima vez, a las orillas del Iliso, el *Fedón*, el más bello de todos, y, en especial, aquellos postreros y conmovedores entretenimientos con Critón, el discípulo más fiel y bien amado, cuando, perdida toda esperanza de salvarlo, y haciéndose intérprete de lo más puro del genio de su raza, le dice: «Sócrates: el sol no se ha puesto aún, y, como los demás, también tú tienes la libertad de prolongar algunas horas más